

## CAPITULO XVI.

En el claustro.

Por fin llego á su convento de Santa Margarita la pobre Lucrecia Butti, sin padre, sin madre, sin amigos, despues de haber renunciado á matrimonio conveniente y producido escándalo inaudito. El bueno de su padre, tan herido, ó mas herido todavía que el galan desdeñado, juró no tornar á ver á su hija; y en efecto, no tornó á verla. Era su resentimiento con Lucrecia tan grande, su deseo de venganza tan vivo, su dolor al ver perdida la posicion codiciada, tan poderoso que, de presentarse ante ella, consumara el arrebató de la iglesia y quizás la matara. Por esta causa esquivaba todo encuentro desde el día de su frustrado matrimonio, considerando muerta á la hija que tanto amara. Soñar con verla en señorial castillo, y encontrarla en pobre monasterio; creer que la destinaba el cielo al gobierno de los hombres, y verla entre las cuatro paredes de una celda, francamente, motivo sobrado era para tener fuera de sí á un comerciante y mal con la vida y peor, mucho peor con el mundo. Encerróse, pues, á piedra y lodo en su casa, despues de renunciar á cuantos cargos le confiaran sus conciudadanos, que no volvieron á verlo en la ciudad. Un lector que le recitaba en voz alta alguno de los libros en boga; un capellan que le decaía misa en su oratorio particular, los días de fiesta; un procurador que le llevaba la cuenta de los crecidos rendimientos de sus haciendas; la antigua servidumbre de la casa, he ahí cuantos mortales veía desde que salió de San Giovanni, como para ir á la eternidad. Y la primera órden que dió en cuanto puso las plantas en su palacio, al volver de la misa nupcial sin ilusiones y sin yerno y sin hija, fué que nadie le hablara de lo sucedido, ni mucho

menos de los medios conducentes á remediarlo. Cerráronse las habitaciones ocupadas por Lucrecia, cerráronse herméticamente, y aunque abiertas quedaran, no las viera el padre, pues eligió para residencia el sitio mas retirado de la casa, y ni por equivocacion pasó por las habitaciones donde tantas veces viera á la ingrata.

Un padre siempre es padre. Y si él no veía á Lucrecia, toleraba que la viera Brígida, aunque aparentando completa indiferencia y sin preguntar ni casualmente por tales entrevistas. Y en efecto, Brígida no hacia otra cosa mas que ir, volver y regañar. Pintábale á Lucrecia en estas entrevistas con los colores mas negros la tristeza del palacio, la cólera reconcentrada del padre, el escándalo del público. Decíale que desde su encierro en el convento, las almas del purgatorio, los duendes y aparecidos antiguos no volvieron por los alrededores de su casa, con lo cual toda la vecindad atribuía á la pobre niña relaciones mágicas con el mundo sobrenatural. Y todas estas cosas las decía para persuadir á Lucrecia á que retrocediese en el camino andado y pidiera perdon á su padre y revocara un no, que en vez de haberla conducido á la felicidad, la condujo al convento. Y no sabia la cuitada que cuanto mas empeño pusiera en extremar todos estos inconvenientes, más precipitaba á Lucrecia en el triste monasterio, único asilo contra los enemigos del mundo. La infeliz, que, de ser posible, prefiriera á todo su casa, donde contaba ver tarde ó temprano á su fantasma, y donde vivía tranquila al lado de su padre, á quien acataba y obedecía en todo cuanto no se refiriese á su matrimonio, la infeliz aceptaba con júbilo todas las visitas de su dueña quintañona, aunque tuvieran el inconveniente no leve de sus continuos regaños.

Mas, así como en la iglesia mostró la resolucion de no casarse, en el monasterio mostró la firmeza de no retroceder en tan supremas resoluciones. Poco, muy poco cuadraba el claustro á su temperamento y á su naturaleza. Las vocaciones de Lucrecia eran verdaderas vocaciones que tiraban al culto de la familia. No le tentaba el mundo con sus esplendores; le tentaba el hogar con sus venturas. Ser reina, ser señora, ser rica-hembra no se avenia con su pecho anheloso de amor; pero ser esposa y madre compendiaba todas sus ambiciones. Su corazon pertenecía, pues, á la estirpe de los corazones de su sexo; era enteramente un corazon de mujer. Por eso hubiera mil veces preferido el suicidio ó el claustro á un matrimonio sin amor. Casarse á gusto resumía para ella toda la dicha posible en el mundo y toda la desdicha casarse á disgusto. No queria vivir junto á un ser aborrecido ó indiferente; compartir las penas y las alegrías de aquel con quien no se pueden compartir los sentimientos; llamar padre de sus hijos á quien solamente habian llamado esposo los labios y no la voluntad; entregar el cuerpo á quien no se ha entregado antes el alma, consagrar todas las apariencias del amor á un yerto ídolo, para el cual no se guarda en los senos del al-

ma ese inmenso cariño que todo lo facilita, que puebla los desiertos, que enriquece la pobreza, que encanta la vida y con cuyo auxilio parece hasta liviano sacrificio la muerte.

Mujer así debiera haberse apasionado de un hombre que respondiese á la realidad, como de la realidad partian sus sentimientos. Y por una incomprendible contradicción se enamoró de extraño fantasma, que se diría venido de un mundo sobrenatural, en aquella edad de las supersticiones. Su instinto soberano le reveló en el misterio impenetrable, un amor inmenso, como el amor con que soñara desde el primer despertamiento de sus sentidos y desde la primera relación de su pecho. Luego sus ojos se fijaron dos ó tres veces en los ojos candentes, cuya lumbre los encendiera en deseos vehementísimos, los cuales se concentraban todos sobre esta satisfacción única; conocer aquel hombre y amarlo con delirio. Sentíase también amada, y al sentirse amada avivábase mucho más aun su curiosidad y su deseo. No había, pues, medio alguno de apartarla del pensamiento que embargaba todas sus facultades, todos sus sentidos, y que poco á poco se había ido convirtiendo en el único lumínar de su vida.

Más bien podía comprender una cosa; bien podía comprender que para sus ambiciones, reducidas á gozar de un amor tranquilo, en el seno de un hogar pacífico, escogió el peor camino, enamorarse de un aparecido que difícilmente podría llegar hasta la iglesia. Lucrecia no se contentaba con el amor; quería el matrimonio. La legitimidad aumentaba á sus ojos el goce en vez de disminuirle, como suelen creer tantas desgraciadas gentes. Quería que por todo el mundo se supiese á quien amaba, en vez de encerrar, ese amor en los misterios de su alma. Solemos llamar á esto amor prosáico cuando tanta poesía hay en el lecho nupcial bendito, en el compañero legítimo, en la cuna inmaculada, en la confusión de dos almas, en la influencia de dos vidas, en el amor verdadero y santo. ¿Cómo no pensaba Lucrecia que por lo menos tenía algo de extraño, por no decir de loco, quien se presentaba á ella bajo tan singular aspecto? ¿Cómo no veía que, saliendo bien librada, podría encontrarse con un alma de artista enamorada de las grandes emociones, y poco dispuesta á seguirla en sus tranquilos idilios? ¿No le decía su corazón que en todo misterio suele ocultarse un secreto y en todo secreto un abismo? Y aquella mujer que á fines tan positivos aspiraba, se iba nada menos que á un claustro para esperar en él que se le revelara un desconocido fantasma, á quien amaba sin darse cuenta de su amor. Confesemos que todo esto es inexplicable, si no estuviéramos todos seguros de que no hay misterio tan grande sobre la tierra como este misterio, el corazón de una mujer.

Lucrecia seguía la ley de su sexo; aguardaba pasivamente á que la casualidad ó la providencia le presentasen el deseado sér, á quien debiera amar con toda su alma, y por quien acababa de sacrificarse fantásticamente, sin

estar segura de su correspondencia. Esta determinación fuera acertada, á no existir un elemento con el cual hay necesidad de contar siempre en la monótona y uniforme carrera de nuestra vida: el tiempo. Si los hechos pasaran allá en la eternidad, sin limitación alguna de minutos, de horas, de días, de meses, de años, podíamos echar cuentas á nuestro gusto, sobre todos y cada uno de los problemas que nos embargan y que se encierran en lo porvenir. Pero el tiempo existe, y existe no solo como un movimiento continuo, sino también como una continua transformación. Pone hoy un átomo, mañana una gota de agua, al día siguiente un suspiro del aire, ya una paletada de cal, ya un detritus orgánico, y acaba por formar una isla, ó un continente. Y lo mismo que los hace, los deshace. Esta tierra tan hermosa, con su corona de nieves eternas, esmaltadas por auroras boreales, su manto de océanos celestes, recamados con franjas de espumas, su cinturón de bosques tropicales, bordado de palmas; esta tierra adornada por tantas obras de arte, que hacen de ella una vivienda para ser habitada por naturalezas superiores á la naturaleza misma del hombre; con sus árboles, sus montañas, sus cuadros, sus estatuas, sus templos, sus tribunas, sus obras que despiden ideas, ha de apagarse un día como ese sol tan ardiente y esos soles de soles, hoy luminarias que difunden la vida, han de reducirse mañana tal vez á pavesas y á humo en los abismos de la muerte. Y si esto le sucede al mundo material ¿qué nos sucederá á nosotros, sujetos de continuo á una descomposición y recomposición que acaba por segura catástrofe? Llevamos á nuestro cuerpo unidas indisolublemente la sombra y la muerte. A cada instante nos parece que cambian los objetos y es porque cambiamos nosotros. No vemos el mundo en el otoño tal como lo veíamos en la primavera de nuestra existencia. Y sin embargo, porque haya cambiado el actor, no ha cambiado la decoración. Cuando representamos una tragedia, se sonríe como cuando representábamos un idilio. Quizás el día de vuestra boda sea un día de viento, de tempestad, de terremoto; y un día sereno, tranquilo, luminosísimo el día de vuestro entierro.

Débase contar siempre con el tiempo, que corre cuando nosotros nos paramos, que pasa hasta en el sueño, cuando no podemos contar ni sus rapidísimos segundos, ni los latidos de nuestro propio corazón.

Y Lucrecia no contaba con el tiempo, apesar de hallarse todos sus proyectos encerrados en los estrechos límites de un año. Al fin de ese año, ó bien tenía que salirse del convento, ó bien tenía que profesar. Y salirse del convento equivalía á caer bajo la férula de su padre, y profesar equivalía á morir irremisiblemente. Así es que, al pie de los altares, en las sombras heladas del claustro, entre las cuatro paredes de su celda, solamente le quedaba una esperanza, la esperanza de la reaparición de su fantasma. Por eso había calculado con exactitud, que una escena tan ruidosa, como la escena de su frustrado matrimonio, y un anuncio tan público, como el anuncio de

su enclaustracion, habian por fuerza de conmover al desconocido y mostrarle el rastro del convento, donde podian concertar eterna union en brazos de eternos y exaltados amores.

Pero ignoraba que el hombre, en quien ponía todas sus esperanzas, acababa de abrazar estado, y que este estado era la desesperacion. Ignoraba que, mientras ella rompía lazos eternos al pié de los altares, él se ataba á un juramento irremisible, á un voto irrevocable por toda la eternidad. Esta evidencia de la irreparable pérdida de su ventura, causó el ataque epiléptico de Filippo. En la resolucion de Lucrecia, tan á deshora sabida, vió con aquella fuerza plástica de su fantasía esencialmente representativa, los brazos de su amada ciñéndose á su cuello y los labios ardientes, inflamando sus labios con un beso de eterno amor; al mismo tiempo vió que por incontrastable fatalidad ofrecía á tan amorosa caricia, el cadáver de un monje, el sudario de un hábito, el sepulcro de un monasterio. Su desesperacion no tuvo límites, cuando pensó que de un segundo dependiera toda su ventura. Así el sacudimiento de su dolor le privaba del sentido y le henchía de pena el corazón hasta el punto de destrozarlo en los espasmos furiosos de una violenta epilepsia. Sus hermanos atribuyeron el súbito accidente á las emociones del día y, en cuanto le encontraron algo mas tranquilo, volviéronse á gozar de los festejos acostumbrados en las profesiones y que un tanto quebrantaban la uniformidad de su vida. Así pudo el pobre Filippo encontrarse completamente solo y perderse en la contemplacion de sus sentimientos y de sus ideas, sin cooperar á fiestas, para él tan tristes y sombrías, como unos verdaderos funerales.

Hasta aquel momento no sondeó toda la enorme profundidad de su desgracia en todas sus terribles é inevitables consecuencias. Hasta aquel momento no vió el fondo de los abismos á que le arrastrara la suerte. Las paredes de su celda, por igual encaladas, tenían la monótona blancura de una tumba. La reja, por donde venía la luz, daba sobre el hoyo que recibiera para siempre los cadáveres de sus predecesores y que aguardaba el suyo. Una mesa de pino sustentaba algunos libros, que se reducian á tres ejemplares de la imitacion de Jesucristo, á varios cuadernos relativos á la regla del Cármen y á su más ó ménos fantástica historia. Sobre la mesa, colgada en la pared, veíase una enorme cruz de palo negro que aumentaba la austeridad y la tristeza de aquella especie de cenotafio, en el cual se contenía y encerraba un ser viviente. Filippo paseó su mirada entristecida, roja aun por la congestion de su cerebro, sobre todos aquellos objetos y comparólos con lo que sería una habitacion ocupada por la mujer querida, con alguna jaula en que piara canoro pajarillo, con algun niño que sonriera y jugara aquí y allá; con las delicadas labores del bello sexo como redes y bordados de seda; sobre cogin de terciopelo ella destellando de sus ojos la lumbré en que se avivan las almas y se enardece la sangre; junto á ella él

con su paleta y sus pinceles en las manos, en la frente la inspiracion dócil, y en el corazón ¡ay! el amor correspondido y feliz. Á este paralelo irguióse sobre la tarima donde estaba su gergon; palpóse el sayal que cubría su cuerpo; y no pudo menos de dejar caer la cabeza sobre el pecho con aire de extrema desesperacion.

La primera idea que salió de su cerebro fué una queja, una verdadera queja de la fatalidad á que estamos tristemente sujetos. Ningun poder alcanza á sustraernos á la tierra en que vivimos pegados poco mas ó menos como el árbol. Todas esas alas de la fantasía, del arte, del pensamiento de la oracion, con las cuales pensamos volar por lo infinito, se parecen á los hilillos que los niños atan á las patas de los pájaros, sus víctimas, y que los arrastran á la tierra en cuanto los infelices prisioneros creen haber de nuevo desplegado su vuelo y de nuevo haber poseido la inmensidad. El deseo se precipita como un torrente y encuentra por todas partes límites arbitrarios que lo detienen y lo obligan á rebotar y volver sobre sí mismo. ¿Por qué no adormecerle, narcotizarle para que durmiera, como sobre su lecho, sobre nuestro organismo? Pero no podemos arrebatarlo del alma, como no podemos separar el alma del cuerpo, sino por medio de la destruccion y de la muerte. Para acomodarse al claustro, sería necesario un temperamento muy diverso del temperamento en que estaba aquella alma de artista. Sería necesaria mucha linfa en los tegidos y poca sangre en las venas; mucha frialdad de temperamento y pocos, muy pocos nervios. Instintivamente lo comprendía él así con su intuicion artística y renegaba de sí mismo. ¡Cuánto no hubiera hecho por arrancar á sus venas la gota de sangre que las enardecía y que les daba ese calor de las pasiones trocándola por sangre de penitente austerísimo, para quien parece no existir la mujer en el mundo, y que bien hallado con su vida, casi mineral por lo fria, se sustrae al dolor y al placer á un mismo tiempo, porque ha logrado sustraerse tambien al sentimiento! Pero, cuando una vez hemos gustado los frutos del árbol de la vida, no podemos volver á la inocencia, como desde el segundo siguiente al nacimiento, no podemos volver á las entrañas de nuestra madre.

—«Pero ¿qué hago, decía Filippo, con hacer todo este género de reflexiones inconexas, tras las cuales se va el alma atraída por su vario relumbrar, como se va el niño tras la mariposa, sin mas fin que cogerla entre sus dedos para deslustrarla y consumirla? Yo no puedo resignarme á vivir separado de Lucrecia; y los deberes que acabo de contraer me obligan á esta resignacion. Las leyes divinas y las leyes humanas, el mundo y la conciencia se levantan y se interponen á una entre nosotros; pero es necesario romper esa red y saltar á traves de sus mallas á toda costa. Bien comprendo que semejante empeño exige tiempo, mas la voluntad impaciente puede acortarlo con su desasosiego y con su fiebre. A las meditaciones vagas

opongamos la accion, la accion, siempre la accion. Para hollar los obstáculos no hay como subirse á esas alturas de la sociedad, tan inaccesibles á comun de los mortales, como las grandes alturas de la tierra y sus infranqueables picos. El que no pueda colocarse allí por la fortuna, que se coloque por el gobierno. Y el que no pueda colocarse por el gobierno y la autoridad, que se coloque por la gloria y por el arte. Hé ahí mi esfera. Á un artista verdadero todo le está permitido en Florencia, en la tierra de la inspiracion y del arte. Los antiguos creian que una corona de laurel preservaba las sienas del rayo. Pues la supersticion de los antiguos resulta verdad social entre los modernos. Procuraos el preservativo de la gloria y ya podéis prescindir á vuestro antojo de todas las leyes sociales. Cuando haya dejado yo sobre las paredes del claustro alguna obra maestra, y á consecuencia de ello, la gloria haya venido á resplandecer sobre mis sienas ¿qué puerta estará cerrada á mi llamamiento, qué claustro murado á mi deseo? Soy poeta, soy artista; y para los artistas, para los poetas no existen leyes sobre la tierra. El sacrilego amor que no podría satisfacer un pobre tonsurado, se satisface cuando bajo la tonsura se lleva la tempestad del genio y sobre la tonsura se luce la aureola del arte. Sea yo, pues, un gran artista y no habrá en el mundo barreras que contengan mi deseo.»

«La pasion del génio en Italia es producir; la pasion del pueblo es admirar. Con esta lengua que parece el cántico natural á las almas; con este suelo que parece el natural teatro á las artes; con esta historia en que, vencidos por la fuerza, hemos domado á nuestros vencedores por los hechizos de la hermosura, Italia no tiene ni puede tener más religion que aquella, por la cual permanecerá constantemente como la Diosa de la conciencia humana y la Musa del humano sentimiento, la religion del arte. Trace yo en las paredes y en las tablas con felicidad la Madona que llevo en las visiones de mi fantasía, en el globo de mis ojos; y me veré bendecido, porque me veré admirado. La sonrisa que yo exprese con mi pincel en unos labios divinos bastará á protegerme contra todas las asechanzas. Los ángeles que salgan de mi fantasía alados, entrelazando con sus manecitas de un dibujo perfecto y de una encarnacion rosada las guirnaldas de flores, me entrelazarán con estas cadenas divinas y me guiarán como los génios custodios de mi guarda. Entonces no querrán que yo cese de producir para no cesar ellos de admirarse y admirarme. Y como sabrán que, allá en el claustro, hay una pobre vírgen, consumida de deseos, la cual libra su vida á mi amor, como yo libro á su amor mi inspiracion, la arrancarán, si es preciso, á los altares; y la echarán en mis brazos abiertos desde ahora para recibirla y para adorarla en trasportes sin límites ni fin.»

«¡Lucrecia! exclamaba, enardeciéndose cada vez más en la embriaguez de su propio pensamiento! ¡Lucrecia! aguárdame en el claustro. Yo ignoro por qué camino iré; pero sé que iré. Ignoro por qué puerta entraré; pero

sé que entraré. Ignoro si un dia, cuando estés de rodillas ante un altar, rezando á cualquiera de las imágenes más idolatradas, esa imagen se convertirá en mi persona, que descenderá á oír de tus labios una oracion más ardiente. Ignoro si al pisar una de aquellas sepulturas tendidas por el pavimento de la iglesia, verás que la losa se remueve y que se levanta del abismo tu amante, como un muerto evocado por la trompeta del ángel. Ignoro si asaltaré como cualquier criminal vulgar los muros, por altos que sean, y me lanzaré por los claustros á robar la dicha que en plena propiedad me pertenece. Ignoro cómo lo haré, pero no ignoro que he de llegar hasta tí; no ignoro que he de lanzarme á tus piés; no ignoro que he de estrecharte entre mis brazos; no ignoro que he de libar el beso por cuya miel suspiro; no ignoro que has de ser mia, absolutamente mia; aunque hubieran de oponerse todas las potestades celestes, terrestres é infernales.»

Como las dos ideas de Lucrecia y de Filippo eran completamente opuestas, ella pensaba en la felicidad que brota de la virtud; y él en la satisfaccion de sus pasiones á toda costa. Ella queria la sancion de las leyes, mientras él queria de las leyes abandono y olvido. Ella un matrimonio legítimo, él un contubernio sacrilego. Ella la bendicion, y él la maldicion de los altares. Ella sabia lo que él ignoraba. Sabia que el génio, lejos de eximirse de la moral, como pretendia Filippo, la necesita mucho más rígida y mucho más austera; porque á la grandeza de cada destino, corresponde la grandeza de sus deberes. Sabia que el vulgo puede infamarse más impunemente que los grandes hombres, porque su infamia no tiene, como la infamia del génio, ¡ay! la inmortalidad.